

La vida política

Escribimos estas líneas en los momentos en que no ha podido resolverse una crisis que el país ha visto con sorpresa, que ha estallado sin una justificación y que no sabemos si en el día de hoy podrá ser totalmente terminada. Sea cual fuese el final de este asunto nuestro juicio será siempre contrario a la desaparición de un gobierno que había resuelto problemas tan graves como el de las Juntas de defensa y que había llevado la tranquilidad y el sosiego a todos los ámbitos de la nación española.

En ningún pueblo del mundo es más difícil el ejercicio de la regia prerrogativa para el nombramiento de ministros que en España; cuando existía el turno de los viejos partidos las disidencias interiores hacían imposible la fácil resolución de los cambios de ministerio; ahora que se trata de grupos, de concentraciones y de ponderaciones el problema se ha agravado enormemente. Ninguno de los que tienen alguna fuerza en el Parlamento ó en la opinión se prestan a apoyar a la persona que la Corona designe para ejercer el mando; por lo que se ve, y con pretextos relativos a la integridad de programas, cada primate quiere ocupar el poder solo ó con sus íntimos y paniaguados. Fórmese el gobierno que hoy se forme los trámites de esta crisis han sido muy parecidos a los que originaron la crisis resuelta el 21 de marzo. Muchos señores importantes son llamados a consulta: cada uno dice una vulgaridad al monarca, se la cuenta a los periodistas que esperan a la puerta de Palacio y se retira tranquilo y satisfecho como si hubiera realizado una alta y trascendental misión.

Es esto un espectáculo de un bizantinismo que asusta porque no están los tiempos ni las circunstancias para la representación de estas comedias políticas en las que cada cual va a exponer en la Cámara real no su opinión sincera y leal, sino el consejo adecuado al desarrollo de la pequeña intriga que lleva entre manos. Todos los preliminares de esta crisis revelan que se ha realizado con el fin de dar gusto a las izquierdas y las izquierdas no están conformes con ninguna solución que no realice programas de un radicalismo que no tiene otra finalidad sino de poner a discusión lo que la paz pública y el interés de la patria exigen que sea indiscutible.

Nosotros, debemos decirlo con nuestra acostumbrada franqueza, no vemos en la generación de esta crisis más que los efectos del miedo que viene inspirando la política española hace muchos años. ¿Se desmorona Rusia? ¿Se deshace Austria? Pues hay que dar alguna satisfacción a los que desean que se destruya España. Excelente lógica y disparatado modo de pensar; lo que sucede en otras naciones por lógica consecuencia de diversas causas no puede ocurrir en España precisamente porque no existen las causas generadoras de tales sucesos; una cobardía social que parece haber invadido a nuestras clases más potentes les hace tomar por peligros ciertos las alharacas de media docena de alborotadores: en esta situación hemos inventado problemas que no existen, nos hemos fingido riesgos que no hay y damos por seguro el avance de enemigos que nosotros mismos hemos creado.

Bien se ve que tenemos todos un Quijote dentro y que estamos viendo venir a Pentapolín el del arremangado brazo; al soberbio Alifanfarrón de la Trapobarrá, a Brandabarbasan de Boliche y a otros héroes fantásticos por un camino donde no transitan más que pacíficos carneros, contra los que no hay que emplear lanzas ni cuchilladas para dirigirlos y contenerlos. Pero nos hemos empeñado en entregarnos a ciertos estudios de política comparada y en alarmarnos unos a otros pensando en la posible reproducción de sucesos ocurridos en otros países y en la manera de evitarlos. A este fin y para evitar que llegue la epidemia, apelamos a fumigatorios y desinfectantes tan inútiles como los que estamos usando contra la peste que aflige a España, olvidando los sencillos preceptos de la higiene política que están reducidos a uno sólo: al cumplimiento estricto de las leyes que el país se ha dado en uso de su soberanía.

Quisiéramos saber qué principio democrático falta incorporar a la legislación española y quisiéramos saber en qué monarquía ó en qué república del mundo hay más libertad que en España para el ejercicio de todos los derechos que proclamó la revolución francesa como base de todos los Códigos políticos del mundo.

Y quisiéramos saber en qué país de la tierra la tolerancia del poder público llega a más con relación a la libertad de toda clase de propagandas, aun las más peligrosas y nocivas.

En España no se puede hacer un programa democrático más avanzado que el que contiene nuestro derecho político; por eso las afirmaciones de los radicales se reducen al cambio de la forma de gobierno; no pueden determinar ninguna aspiración que represente un progreso en la ley que no exista dentro de nuestra monarquía. En estos momentos de crisis como no se puede demandar a la Corona el planteamiento de reformas que constituyan una general aspiración del país, ha-

brá observado el lector, que sólo se trata de recomendar personas, nunca doctrinas, y en estas manifestaciones es donde se aprecia que el miedo es el inspirador de ciertos actos políticos y que sólo se trata de obedecer a amenazas de la fanfarronería radical.

Se puede afirmar que en materia de principios dentro de la monarquía española no puede haber derechos ni izquierdas; esta división sólo la determinan los procedimientos de gobierno. Lo que si existe es un radicalismo que unas veces aparece como monárquico y otras como republicano, un radicalismo que utilizan todos los sucesos interiores y exteriores para demostrar que se le debe entregar el mando, un radicalismo que entiende por libertad y democracia la impunidad y el abandono de los derechos del Estado, un radicalismo que está acariciando siempre a los revolucionarios y pronto a sumarse con ellos si las circunstancias favorecen este movimiento.

Pues bien; ese radicalismo es incompatible con el Gobierno dentro de la monarquía y dentro de la república; este radicalismo es el que hizo abandonar el trono a don Amadeo I y el que acabó con la república por medio de la cantonal, este radicalismo es un obstáculo para el desarrollo de todo principio de Gobierno y para la existencia de toda sociedad pacífica.

Los elementos que constituyen estas tendencias avanzadas y cuyos ideales jamás se definen concretamente, son los que no podrán ver tranquilamente la existencia de un Gobierno fuerte y apoyado por toda la nación. Qué razones ha habido para ceder a la presión ejercida por los sembradores del pánico social no se nos alcanzan hoy por hoy. Lo que vemos es que se ha vuelto a las crisis difíciles, a la situación en que nos hallábamos la histórica noche del 21 de marzo sin que pueda servir de paliativo cualquier Gobierno intermedio que se forme hoy para legalizar la situación económica.

Hemos retrocedido en un camino que de seguirse con tesón y energía hubiera constituido la salvación de España. El Gobierno del 21 de marzo con alguna dificultad acertadamente hecha, habría podido acometer los problemas nacionales y exteriores con un prestigio y una fuerza que no poseerá ningún otro por mucha que sea su homogeneidad. Se ha dado un mal paso y las consecuencias de un error en política son muy difíciles de calcular. Los sindicatos del desorden pueden estar satisfechos: han conseguido un avance en su empresa. Quiera Dios que sea el último.

EMILIO SÁNCHEZ PASTOR

DESDE FRANCIA

La etapa final

III

LAS TINIEBLAS DE LA "VILLE LUMIERE"

Paris, 15 de octubre, 1918

Antes de penetrar en la mezquita, el buen musulmán no se olvida nunca de dejar sus babuchas a la puerta del templo. Antes de partir para un largo viaje, el cauto inglés repasa siempre su carnet de cheques. Antes de salir a la calle, al anochecer, el parisiense de nuestros días se asegura con extremada prudencia de que lleva consigo su lamparilla eléctrica de bolsillo. En estos tres casos el más leve descuido podría acarrear consecuencias fatales. Pero en ninguno serían tan graves como en el del parisiense que se encontrara asaltado por las tinieblas nocturnas, en plena vía pública, lejos de su hogar, y sin la pila luminosa cuidadosamente guardada en la faltriquera.

Desde que empezó la guerra, el alumbrado de París ha ido reduciéndose y amenguándose de día en día. En la actualidad, al tocar casi al término del conflicto, después de los sobresaltos producidos por las agresiones aéreas del enemigo, y ante la necesidad creciente de economizar, las noches oscuras de París son algo que sugiere lo que debieron ser las fabulosas tinieblas del caos primitivo.

A las cinco, oscurece. A las seis, es de noche. A las siete, cierran todos los comercios y se apagan casi todas las luces. A las ocho, estais en el restorán. Y al salir a la calle, a las nueve, os encontráis en el Limbo. Apenas descienden sobre la ciudad las primeras sombras crespuculares, comienzan a aparecer en las bocacalles unos policías de aspecto inquietante, abrigados bajo una capa impermeable y cubiertos con un casco exactamente igual al que llevan los soldados cuando están en las líneas de fuego. Son los agentes que prestan el servicio de vigilancia nocturna, y están precavidos para el caso de un bombardeo aéreo. Su presencia es ya algo así como un signo precursor del alerta. Al verles, altos é inmóviles, con su capotece brufido, los transeuntes levantan instintivamente la mirada al cielo. ¿Vendrán esta noche?... Si el aire está húmedo y encapotado, no hay peligro alguno. Las peores son las noches claras, templadas, serenas, con un inmenso y suave resplandor lunar diluido entre miriadas de astros. La traición se esconde en

el fondo de esa insondable clemencia. Los parisienses afirman, con la misma seguridad del labrador al presentir en un cielo sin nubes la tormenta cercana: «Hace una noche de gothas», como quien dice: «Lloverá de firme».

Al salir del trabajo, la muchedumbre sólo circula lo necesario para recogerse. Todos van a sus hogares por el camino más recto. Los coches de punto ruedan y corren vertiginosamente, como si tuvieran prisa por llegar cuanto antes bajo techado. De seis a siete las arterias principales de la ciudad rebosan. A las ocho todo el mundo está en casa. En todo París no queda ni un solo parisiense por las calles. Pero en el centro y en Montmartre, en el corto espacio comprendido entre la Madeleine y la rue Richelieu, de una parte, y de otra por los alrededores de la plaza Pigalle, quedan todavía dos horas y media de relativo esparcimiento para los extranjeros; esto es, para la infinidad de soldados con licencia—americanos, ingleses, australianos, canadienses, argelinos, senegaleses, italianos, belgas y serbios—que pululan por París con más densidad y avidez que hormigas en campo de trigo.

Los teatros y music-halls—quizás hablaremos de ello otro día—abren sus puertas a las ocho y media, y antes de las once los cierran de nuevo. Las salas están siempre afeitadas, especialmente en los cafés-concierto. La inmensa mayoría de militares extranjeros que componen el público, no entiende una palabra de francés. Pero la música, y sobre todo las grandes exhibiciones corales femeninas, les bastan. Cuando se canta un *couplet* popular—la *Madelon*, por ejemplo,—al cabo de una ó dos vueltas de la tonadilla hay que oír el inmenso y gozoso tumulto de voces ásperas y desacordes que se agregan a la del actor ó la actriz, intentando acompañarla. Voces recias, viriles, con extraños acentos de otras tierras é idiomas exóticos, fundidas en un solo deseo juvenil de solazarse, aturdirse y reír, después y ante la perspectiva de las abrumadoras estancias en las líneas de fuego.

Mientras dura el espectáculo de los music-halls y teatros, en pleno bulevar y en plenas tinieblas, desde la Madeleine hasta la calle de Richelieu hay también un alborotado pero sigiloso revuelo de encuentros inesperados, confidencias íntimas y fortunas diversas. El rayo de luz que se escapa por la puerta entornada de un cine, ilumina un momento, como una exhalación, la robusta silueta de un *sammy* que, para no perderse en la sombra, navega sin rumbo pero sólidamente agarrado, con ambos brazos, en sendos fantasmas femeninos...

Antes de dar las once, al terminarse todos los espectáculos de pago, en esta parte tardíamente animada de París se ofrece de balde el más inaudito y maravilloso que pudiera imaginarse. Los que salen deslumbrados del interior de los teatros y cafés-cantantes, donde la iluminación sigue igual que en los tiempos de paz, se quedan por completo aturridos y á oscuras al dar súbitamente en las tinieblas guerreras de la calle. No ven nada, no pueden dar un paso; y allí se quedarían hasta el amanecer, sin acertar á orientarse, de no llevar todos ellos la salvadora lamparilla eléctrica en el bolsillo. La primera impresión es siempre desconcertante. La muchedumbre, al salir á la calle, vacila y se arredra un momento. Pero en seguida se oye un sordo rumor de resortes, como en días de aguacero el estrepitoso despliegue general de paraguas. En la oscuridad absoluta brotan largos y tenues rayos de luz que se entrecruzan y oscilan, sondando la calle. Y recomfortados por esa débil claridad que les precede y les guía, las parejas, los grupos de amigos, las familias enteras empiezan a surcar en todas direcciones la tiniebla nocturna, apretujándose, no del todo tranquilos,—como un día los hebreos, con su columna de fuego, á través del desierto. Las lucecillas se desparraman y pierden, fundiéndose poco á poco en la oscuridad. Un cuarto de hora más tarde, de su fulgor mortecino y disperso no queda ni rastro.

Entonces suena una de las horas más graves, más dulces, más íntimamente serenas que París haya tenido jamás á través de los siglos. ¡Qué delicioso es vagar solo y perderse un poquito siquiera por estas calles en sombra, por esos anchos é interminables bulevares desiertos, por esas plazas inmensas! El alma de la ciudad os dice algo, muy quedo, muy íntimo, que nunca habíais logrado percibir entre el estruendo y la fiebre de sus días prósperos... Todavía no ha dado la media noche. Sigamos andando. Es imposible distinguir el rótulo de las calles por donde pasamos, ni siquiera su aspecto. No se ve nada, ¡madal! Tierra y cielo son una sola oscuridad tenebrosa. Pero nuestro instinto nos guía seguramente, como por entre las enrocujadas de un laberinto de sueño. El silencio es tan profundo que oímos, á intervalos, el rumor subterráneo del metropolitano, rodando como un trueno apagado, ó el silbido de un remolcador del Sena, diluido en la noche, como un grito lejano de alerta.

Cuando un pasante tardío se acerca, desde muy lejos oímos ya sus pisadas que resuenan en la soledad. A veces pasa por nuestro lado y se aleja sin que ni tan solo nos sea posible percibir su sombra. Otros, asustadizos ó desconfidados, vienen ya con su lamparilla encendida, escudriñando la

calle. Algunos, caminando sin luz, al llegar junto á nosotros nos enfocan súbitamente el pequeño reflector contra el rostro. Sacamos el nuestro, y les lanzamos un haz de rayos á los ojos. No pasa nada. Nos miramos, apagamos las lámparas, y proseguimos... De cuando en cuando, detrás del tronco invisible de un árbol, asoma el casco brufido de un policía que está apostado, inmóvil, y no sabemos si dormita ó nos mira.

Suenan las doce, lentamente, en todos los campanarios de París, unos tras otro. Desde la plaza de la Opera, en el silencio absoluto de la ciudad dormida, oímos las campanas de la Trinité, las de Saint-Leu, las de Saint-Germain-l'Auxerrois, apagadas por la distancia; luego, mucho más lejos, apenas perceptibles, las de Saint-Germain-des-Prés, las de Saint-Sulpice y las del Val de Grâce, como reminiscencias de ecos remotos.

Dentro de muy pocos días, este encanto indecible del París guerrero se desvanecerá rápidamente. Se anuncian grandes mejoras próximas en el alumbrado público. Los *gothas* ya no volverán. La conclusión del armisticio, las negociaciones de paz y la victoria cercana, devolverán á París su antiguo aspecto febril, su trepidación desbordante, sus noches de insomnio, sus multitudes afanosas ó ávidas, su iluminación excesiva, los grandes letreros de anuncio que disipaban las tinieblas cubreando sobre los tejados de los bulevares, su inagotable rumor...

Estas horas tan suaves son horas finales de una pesadilla horrible que se convierte insensiblemente en una aurora de gloria. El sueño termina; el despertar se acerca. En todo el espacio sombrío que divisamos desde la plaza de la Opera, hay una sola luz mortecina, brillando en el fondo de los bulevares. Es un farol tembloroso, con los cristales teñidos de azul. Su resplandor apagado se destaca apenas entre las tinieblas, como un gusanillo de luz colgado solitariamente de la rama invisible de un árbol...

GAZIEL

DE LA GUERRA

La visión del desastre

En el *Wilhelm Meister*, de Goethe, el experto Lotario replica a la melancólica Aurelia que no habría en el mundo nación más grande que la alemana si fuese conducida con buen sentido. El príncipe de Bulow, que dirigió durante varios años la política germánica como canceller del Imperio, evoca esta opinión de Goethe en su libro sobre la política alemana e insiste mucho en diversos parajes de su obra en hacer resaltar cómo el pueblo alemán carece de esa ductilidad y agilidad del pensamiento que son necesarias para amoldar la conducta a las circunstancias generales impuestas por la marcha de los sucesos.

«Sentido político y sentido de lo general—dice el príncipe de Bulow—; tal es lo que falta a los alemanes. Los pueblos bien dotados de sentido político, unas veces por convicción, otras más por instinto, anteponen los intereses generales de la nación a las aspiraciones y deseos particulares, y siempre en el momento oportuno y sin la presión de una necesidad especial. Es propio del carácter alemán aplicar preferentemente la fuerza de acción a lo particular, y p[ro]poner y aun subordinar el interés general a lo restringido, a lo inmediatamente palpable. Tal cosa tuvo presente Goethe, con su cruel sentencia, frecuentemente citada, de que el alemán como individuo es diestro y agrupado en el conjunto da lástima.»

¿Son las palabras transcritas un retrato? El príncipe de Bulow es testigo de primera calidad para afirmar la exactitud del parecido, y, por lo tanto, hemos de suponer que las líneas con las cuales ha pretendido trazar la fisonomía colectiva del pueblo alemán se aproximan mucho a la realidad. En todo caso sirven, cuando menos, para explicar gran parte del proceso de los hechos durante los largos cuatro años de guerra y también de los que precedieron a la lucha y la provocaron.

Comprende el lector la situación en la época anterior á la guerra. Alemania, contrariando en esto el que fué ideal de Bismarck, se enemistó con Rusia, y como que ya un abismo la separaba de Francia desde 1871, se halló en el caso del individuo que habita el número 20 de su calle y los vecinos del número 18 desean que se estrelle en las losas de la acera al salir de casa, y los vecinos del número 22 esperan á que su alma se la lleve el diablo. La situación de tal individuo es, sin duda alguna, poco agradable. En su vista ¿qué hace el habitante del número 20? ¿Procura calmar á sus alborotados vecinos? ¿Busca la manera de hacer las paces con ellos? No, señor; sencillamente, entretiene sus ocios, y casi se pasa el día entero, ocupado en la tarea de tirar, no ya chinitas, sino piedras de tamaño mayúsculo contra las ventanas del vecino de enfrente. Y el vecino de enfrente tenía y tiene un nombre muy conocido en la calle y en el barrio; se llama Inglaterra.

¡Con que pasmosa falta de sentido político se dedicó Alemania, durante varios años, en irritar á Inglaterra, hasta lograr